

TEMA XXI

Propuesta por D. Santiago Camarasa Martín, Director
===== de la Revista de Arte «Toledo». =====

«Impresiones de Toledo» (Artículo periodístico).**I****LEMA: «Tizzi-Alma».****(PREMIO).**

Llega el viajero a la bella estación de Toledo, de estilo mudéjar, y ya en el andén, insensiblemente, acomoda su andar al rápido de todos, que se precipitan hacia la puerta. ¿Por qué esa prisa? Hay quien se apea del tren en marcha y el tropel pretende salir al mismo tiempo. El empleado que recoge los billetes creería-se que tiene más de dos manos. Todo está explicado. La precipitación es por tomar coche o automóvil y evitarse un hipotético segundo viaje o subir andando hasta la ciudad.

En marcha el vehículo la curiosidad no puede saciarse; sigue la carretera tal dirección, que el techo del carruaje todo lo tapa. Y hay que tomar parte, sin pretenderlo, en la emoción de una carrera de autos. Si alguno consigue pasar delante de otro, más lento o más cargado, interpélanse los conductores y el chico que viaja en el estribo del que queda atrás, se apea, corre y se encarama en el que va delantero. La pugna hace que los automóviles se sucedan tan próximos, que no hay modo de evitar tragarse el humazo del coche precedente.

Una curva y un alto en la marcha a la entrada de Alcántara; ha de esperarse que salga del puente una caravana de carretas arrastradas por bueyes y un autocamión militar, que transporta municiones de guerra.

Por un instante se contempla en alto la imperial Toledo, coronada por el Alcázar; abajo, la presa, el río en calma y chiquillería en cueros, bañándose.

Seguimos subiendo, subiendo; la carretera se hace interminable. Por fin llegamos al Miradero y a la calle de las Armas y, de pronto, a la plaza de Zocodover. Está llena de tenderetes y de toldos de lona. Es el típico zoco del martes. Tanta luz hay, que los contrastes dañan la vista. Mucha luz, mucha. Mucho colorido y mucho ruido. Dos golfillos luchan por arrebatarme el pequeño saco de viaje; otro se empeña en conducirme a determinado hotel. Por lo pronto ha de abonarse el coche y poner cuidado, pues otros van llegando atropelladamente y todos quieren parar en el mismo sitio. Pendiente de tantas cosas es difícil acertar en alguna, y hay viajero que trata de pagar no al encargado del carruaje, sino al mozo que ha de acompañarle hasta el hotel. Yo voy a uno próximo; me aseo y a la calle.

Lo primero es ver el zoco. ¡Cuánta gente! Más de paseo que de compras. Voces pregonando las mercancías y artículos de las más variadas clases y procedencias. Muchachas, mujeres de pueblo, estudiantes, sacerdotes. ¡Cuidado con pisar el género que en el suelo extienden los vendedores! ¡Cuidado con los automóviles! ¡Cuidado...! Una señora, evitando el atropello, tropieza primero con un puesto de libros viejos y finalmente arremete contra un montón de sandías.

Suena un clarín. La muchedumbre abandona el mercado y hace calle. Es que regresan los cadetes de la Vega; marciales y sudorosos. Ciclistas. Los gastadores, pendientes de su papel. El cabo galonista, rodeado de muchachuelos, marcha sin reparar en ellos ni en nada. Tan decidido va que parece dispuesto a entrar en los soportales del «Cuartelillo»: pero gira rápido y toma una dirección perpendicular a la que traía. Algunos chiquillos tardan en apercibirse y en seguida que lo notan, corretean hasta ponerse, otra vez, a la altura del cabo. Los músicos, tocando un bonito pasodoble, oscilantes sus cuerpos, como compensación acaso de no bracear, emprenden la subida de la empinada cuesta del Alcázar, hacen más lento el compás y, al fin, cesan de tocar.

Ha vuelto el zoco a restablecer su vida. Una colección de veteranos rejuvenecen impresionados con el desfile militar. Añoran pretéritos días de guarnición y de campañas.

Subo hasta el Alcázar. El majestuoso patio está desierto. Mejor. No hay, ni puede que haya habido nunca, personajes para este escenario. Tal vez algún primer actor. Carlos V, hubiera exclamado, de conocer la grandiosa escalera, que se sentía Emperador, descendiendo por ella.

Penetro en el Museo de la Infantería. Algo siento en este Museo que no he sentido en ningún otro; y es sencillamente que por mucha admiración que nos sugiera un pasado, magnífico de esplendor y de gloria, más aún nos admira el presente. ¡Rocroy! «contad los muertos». ¡Brava Infantería! Pero no mejor que la de ahora.

Grandes lienzos de mármol y de cerámica talaverana, plagados de nombres de los que ofrendaron su vida en Marruecos. «Contad los muertos». Cierto es que esto, hoy pasa pronto y no a la Historia. Si a Toledo se viene a admirar el pasado y, por romanticismo, a creerlo superior al presente, este no es el lugar más adecuado. Y eso que hay banderas gloriosas y muchas espadas de guerreros célebres. Los dueños de esos nombres no llevaron a campaña bandera ni espada. Hoy ya la bandera va en el corazón del soldado y se combate sólo con un pecho valeroso.

Descendamos por los jardinillos del Alcázar. El Hospital-Asilo de la Santa Cruz; la muestra patente de lo que fué el arte y la caridad del Gran Cardenal de España. ¡Admirable joya plateresca! Mas allá, un típico mesón, que según reza la lápida que está sobre la puerta, fué de «El Sevillano». Otro sevillano cervantista asegura ya, que no es este el sitio que corresponde a tal lápida. El «Arco de la Sangre» y de nuevo en el zoco. En el zoco, sí; unas moras sentadas en el suelo, venden higos secos, huevos, gallinas. Son de Bargas, que conserva el negro árabe en los ojos de sus mujeres; que vienen descalzas carretera adelante. Como allá.

«Calle del Comercio» o «Ancha». Bien; todo es relativo. Y en verdad que esta calle, con sus nuevos establecimientos, va perdiendo su viejo carácter. Gran animación. Un bar con pianola eléctrica. Una casa con adornos de tarta. Un ciego vocea, vendiendo papeletas para rifar unos trastos que lleva sobre andas, como paso de Semana Santa, auxiliado delante por otro voceador. ¡Las últimas; son las últimas! El infortunado va, según asegura, ven-

diendo siempre las últimas papeletas. ¡Hermoso comedor completo: seis sillas, mesa, reloj de pared, dos cuadros, tapete, pareja de maceteros....! Impasible en su ceguera, seguro en su andar, guiado por el compañero: ¡Las últimas, son las últimas! Y parece que a nadie se dirige. Para él no hay más que aquellas barras que lleva en sus manos, y que le llevan a él, y el taco de papeletas y su bolso repleto de calderilla. ¡Las últimas; son las últimas!

¡La sublime Catedral! Tan moza como siempre. Los siglos no pasan por ella. Las gentes, sí; por ello sólo está viejo su suelo de losas de mármol y pizarra. Lo demás no envejece, como ninguna obra maestra erigida a impulsos de la fe y de la inspiración. Está desierta casi la Iglesia Primada y si acaso, alguien atraviesa el sagrado recinto, lo hace de prisa, para ahorrar camino o evitar el calor, y quien sale o entra es raro que lo haga sin tomar agua bendita o tocar la Santa Piedra donde puso la Virgen sus pies. Una mujer reza ante el altar del Cristo tendido; «y verás que mal me pagas la sangre que derramé». Descanso sobre asiento practicado en la base de gigantesca columna, y, desde allí quiero verlo todo, llevarme un recuerdo de cada cosa. Si nada está viejo, tampoco hay nada nuevo; aparte de una docena de bancos acabados de salir de la carpintería. ¡Naturalmente que están vacíos!

De cuando en cuando el órgano suspira o ronca. Un anciano pertiguero, guardador del templo y de su silencio, me ve, pero no parece que me mira. Yo si miro su quietud y veo su traje raído, bajo su capa escarlata y su peto almidonado, sucio y mal dispuesto.

Huyo, sin saber por qué, de este vecino tan tétrico como ciertas capillas laterales, en las que acaso no se reza nunca, ni casi entra la luz. Esto parece viejo por ser reservado, tristón, oscuro, callado. Pero mirando arriba se respira, se percibe magnificencia, claridad.

Escúchase el vibrar de una campanilla. ¿Dónde? Ando y desando unos pasos y siento, por fin, su proximidad. Es en la Cripta, siempre cerrada y tenebrosa, con la boca tan negra del hueco de su escalera, ahora iluminada. Me asomo, desciendo pocos peldaños y me encuentro pequeño en aquella capilla tan pequeña. Es porque tengo la Catedral encima. El monago se vuelve extrañado a mirarme. Estoy sólo con él y el oficiante. Cauteloso, después de recorrer con la vista los rincones, subo y me acompaña el tintineo de la campanilla, que busca, asimismo, libertad y por eso arriba,

bajo la soberbia girola, se oye más que en la Cripta y su sonido se alegra y se esparce.

Un arrapiezo quiere enseñarme la Campana gorda, y charla sonriente como prometiéndome una diversión extraordinaria. Insiste y, con su insistencia, casi llega a hacerme olvidar la fatigosa escalera,—ande, señorito, que le enseñaré la Campana gorda—. Y me lo asegura como si la llevara en el bolsillo.

Ahí llegan dos inglesas, escuchando a un guía con cara de pícaro. Detiénense frente a San Cristobalón; acaso les cuente que entró en la Catedral en botes de pintura. Ellas impenetrables, consultan el Baedeker, y más miran al libro que otra cosa; del mismo modo que lo miraría su autor para ver si contiene erratas. Andan a largos pasos, sin ocuparse de su cicerone. Son de elevada estatura. Dan la sensación de verlo todo a vista de pájaro. Pero no; ya elevan su mirada hasta el rompimiento del «Transparente», y una se quita las redondas gafas, mira medio minuto la discutida obra de Narciso Tomé y en seguida vuelve a su libro.

Admiro la Capilla del Sagrario y rezo una salve a la Virgen. Al salir me cruzo con una señora que rezó, porque viviera su hijo. Vá de luto.

Deseo admirar, recrearme en el Tesoro; y ahora soy yo quien anda a caza de alguien que me ilustre, y lo encuentro, y me manifiesta que el Tesoro, las ropas y el Coro, sólo se permiten ver por la tarde, a la hora de la siesta. Volveré.

* * *

.....

¿Pero es que he podido recrearme en el Tesoro? No. El tiempo que para ello se concede no es suficiente ni para admirar la filigranada obra de Arfe.

¿Por qué no permitir unos minutos más? Según escucho se vá a establecer un Museo catedralicio. Mejor será. La Religión y el Arte lo demandan.

El Miradero. Un paseo análogo a todos los paseos provincianos. Eso sí, con la particularidad de que el panorama es espléndido, visto desde la baranda. A la izquierda, los gusanitos de luz que

señalan las calles de los arrabales, el río, la estación; a la derecha, la obscura silueta del vetusto castillo de San Servando, el puente de Alcántara.

Un cine al aire libre. Descansemos. Tan sólo unos instantes, por la incomodidad de las sillas; tan juntas, tan unidas unas a otras, de modo que parecen clavadas al suelo y el espectador a la silla. Lo que llama mi atención es ver la nube de chicos que, tumbados boca arriba, en el suelo, y casi debajo de la pantalla, siguen con sus gritos y carcajadas las incidencias de la película. Ven las figuras alargadísimas, como las del Greco. Si en los tiempos de este pintor hubiera habido cine, algún biógrafo achacaría su astigmatismo a su hipotética afición a las películas.

Ahora a disfrutar el encanto y el secreto que ofrece Toledo de noche; a seguir por ese dédalo de empinadas y tortuosas callejas, tan sugeridoras de lo que fuó la milenaria ciudad; sus leyendas y sus misterios, sus evocaciones maravillosas.

La Virgen de los alfileritos. Aún hay fe y esperanza en hallar la caridad de un novio, y mejor un marido.

El silencio es profundo. La luz escasa. Un gato me huye....

Un ábside con heráldico blasón; un arco apuntado, un cobertizo, otro más largo y más típico que me guía a la plaza de Santo Domingo el Real.

Y está desierta. Acaso no haya lugar desde el cual sea más fácil trasladarse de un salto, de siglos a tiempos viejos. Y yo no evoco al embozado ni a la recatada dueña. Aquello pasó; fuéronse los actores; pero el telón está arriba y la decoración puede admirarse.

Algo veo en una pared que asemeja mancha de yeso o de cal. Una alhacena con puertas de celosía. Será de algún vecino de la plaza esta fresquera.

He aquí un poyo de piedra. No es un banco precisamente, mas como tal me sirve. Está marcando una rinconada; detrás hay hierro y plantas, que no evitan aquello que trató de evitar quien lo pusiera, y hay que huír de este sitio.

La gradería del atrio ascéntral me brinda descanso y apacibilidad para mi espiritual recreación. Un reloj desgrana, perezosamente, cuatro campanadas, y repiten las horas otros cercanos y otros lejanos. Es algo así como el alerta de la ciudad murada.

El sereno pasa y me saluda atento. Luego gritos y cantares profanan la paz de la noche. Estrepitosos mozalbetes. A éstos

nada les dice la decoración. Reminiscencias del pelicularo que antes admiraran y muéstranse tan detonantes como él.

Cesaron los gritos. Ahora a soñar, a vivir la embriagadora emoción de este místico rincón toledano.

Ya tocan las monjitas y me parece escuchar sus preces.

¿Hace cuatro siglos estaría esto como hoy?

¡Las monjitas que murieron descansarán en el mismo convento y puede que unan sus mudas plegarias a las que oigo tan claras!

¡Oh Toledo, relicario de leyendas, de evocaciones, de alma de la raza!

¿Hora es de regresar al Hotel; pero cómo abandonar este lugar de encantos?

.....

Un estridente silbido me hace volver a la vida presente.

Ya es de día por completo.

Al alegre repiqueteo del campanillo conventual se une el sonido de una potente sirena. Aquél llama a la oración, ésta a cientos de obreros.

No. Toledo no es sola ciudad que

“duerme indolente al pie de su blasón,,.

Mariano Campos Retana.

16 julio 1926.